

EL ORDEN NATURAL: FUNDAMENTOS

POR

PATRICIA S. MARTÍNEZ PERONI
Psicopedagoga.

SUMARIO: I. DIMENSIÓN LÓGICA: A) definición de los términos «orden natural».—II. DIMENSIÓN METAFÍSICA: A) Explicación de la realidad por sus causas últimas.—B) Negación de la realidad por sus causas próximas.—C) Imposibilidad actual del hombre autónomo para acceder al orden sobrenatural.—D) Negación del Ser y primacía del Devenir.—III. DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA: A) Definición de los términos «persona humana».—B) Explicación de la realidad humana por sus causas últimas.—C) Negación de la realidad humana por sus causas próximas.—D) Imposibilidad de acceso al orden sobrenatural en la actual antropología cristiana.—E) Negación de la naturaleza humana (ser) y primacía de la realización (devenir).—IV. DIMENSIÓN ÉTICA: A) Contemplación y fidelidad.—B) Acción y plenitud.—V. CONCLUSIÓN: A) Sujeción y Restauración.

I. DIMENSIÓN LÓGICA.

Al decir de Gustave Thibon, «el hombre de nuestro tiempo es una rara mezcla de avidez en la superficie y de indiferencia en el fondo» (1); de ahí que nosotros mismos, imbuidos de este clima espiritual, seamos, en ciertas ocasiones, prontos al detalle superficial y perezosos ante la profundidad de las cosas. Es por ello necesario, en primer lugar, iniciar nuestra exposición, dejando sentado, como postulado primero, el necesario esfuerzo intelectual que hemos de seguir para desentrañar la riqueza del

(1) Thibon, G., *El equilibrio y la armonía*, Rialp, Madrid, 1978, pág. 181.

tema que nos proponemos considerar. Esfuerzo de la inteligencia para desvelar la esencia última del orden natural... y esfuerzo de la voluntad, para no replegarse en su cómoda debilidad, sino purificarse en el querer entender de aquel que se propone alcanzar el fin establecido. Para lo cual es menester no sólo el silencio exterior sino, primeramente, el silencio interior de las potencias espirituales en cada uno de nosotros, recordando que «el ruido no hace bien» para la concentración interna, como expresara San Francisco de Sales.

Y una vez aclarado esto, comenzaremos por indagar sobre los términos que enuncian este tema, para acercarnos, en una primera mirada, al concepto lógico que se contiene en los vocablos «orden natural».

Recogemos del Doctor Angélico la noción de «orden» como «la unidad resultante de la conveniente disposición de muchas cosas» (2). Es la pluralidad, reducida a la unidad mediante el ordenamiento de los fines. La ley de la finalidad es inseparable de todo lo que diga relación al orden. Consiste en estar cada cosa en su sitio y cumplir todas su fin.

El orden universal es la armónica dirección de todas las cosas al fin que Dios señaló, como Supremo Ordenador, y extrapolado al ámbito teológico cristiano, no es otra cosa más que el «Principio y Fundamento» de San Ignacio de Loyola: «El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado».

La multiplicidad de los seres de la creación, entre los cuales se halla el hombre, se unen en la finalidad última de alabanza a su Creador, a través de la fidelidad al cumplimiento de los fines de su propia existencia.

Pero advertimos que esta unidad, propia del orden, surge de la diversidad, y es aquí donde aparece el segundo concepto a considerar, a saber, el término «natural».

(2) Santo Tomás de Aquino, *Contra Gentes*, III-71.

El orden natural se explicita en el concepto de naturaleza. Esta, en sentido filosófico, significa que cada ser está regido por leyes inmutables, por principios dinámicos que constituyen su existencia, es decir, que lo hacen ser lo que es. Es verdad que las cosas cambian, pero es verdad también que, por debajo de los cambios, hay algo que permanece.

El hombre encuentra dado ese orden, no lo inventa, y, por eso mismo, se ve llevado a inquirir por su origen. Llegamos, así, a la existencia de un Ordenador, y de unas leyes naturales que tienen su origen o fundamento más allá de sí mismas, es decir, en la ley eterna o divina.

El orden natural, en consecuencia, es lo establecido por el Ordenador Supremo al crear el mundo.

Hay un orden natural y hay, además, un orden sobrenatural. Ambos exaltan y revelan la íntima unidad de Dios, tanto *ad intra* como *ad extra*, reflejando a qué grado de perfección y elevación puede ser llevado el orden natural, informado por la gracia.

II. DIMENSIÓN METAFÍSICA.

«¡Ah, si pudiésemos atravesar la corteza de las cosas!... Pero, hasta los mejores tienen cerrados los ojos, como los apóstoles en Getsemaní» (3).

Debemos huir de nuestros ojos cansados y aprehender a percibir con nuestro entendimiento más allá de la corteza o de lo fenoménico, y anclar así en el misterio profundo y último de la realidad misma. Para esto hemos de valernos de la filosofía como forma superior del saber humano que indaga las causas de las cosas, fruto de demostración. Y en especial de la metafísica, como auténtica sabiduría que desvela el ser, señalando la dimensión transfísica de la realidad, ese aspecto profundo, ubicado «más allá» de lo sensible, aunque se dé en lo posible.

(3) De la Bigne, M.: *Satanás en la Ciudad*, Edit. Prensa Española, Madrid, 1968, pág. 29.

Así comprenderemos a Chesterton cuando advierte que «la profunda crisis del mundo moderno no es tanto la consecuencia de errores nuevos, sino el efecto de olvidar antiguas verdades». De ahí la necesidad de retornar a las fuentes de la sabiduría, para «penetrar el vínculo misterioso que une al hombre con su mundo y su tras-mundo. Esto es, las raíces existenciales —históricas y sagradas— del auténtico vivir humano, frente a las realizaciones masificadoras de una razón desencarnada y de un falso humanismo abstracto que traiciona el verdadero destino del hombre» (4).

A través de la simple observación, el ser humano tiene la posibilidad de captar la realidad existente, la cual se presenta de un modo ambivalente, y, a veces, aparentemente contradictorio. Es esta supuesta antinomia, en verdad, una complementariedad, siendo por un lado la misma realidad inmutable y fija, y, por otra, cambiante e inestable.

Es por esta permanencia sustancial que advertimos la existencia de un orden, ajeno a la voluntad humana, y por esa evolución accidental, la posibilidad de mutaciones en orden a la misma perfección.

Existe una creación con una jerarquía de seres, los cuales se presentan con idéntica unidad de fines (cumplimiento de las leyes establecidas por Dios), pero con diversidad de naturalezas, lo cual los hace esencialmente distintos. Nos basta el contemplar los minerales, los vegetales, los animales irracionales y el propio hombre, en el mundo físico, para detectar la evidencia de esta afirmación sustancial.

Este orden natural, con sus leyes naturales, nos refleja la existencia de un orden divino con su ley eterna, promulgada desde antes de comenzar a existir nada, al principio de todos los tiempos. El mundo de los seres corpóreos reclama la presencia de un Ser simple y absoluto, causa primera y necesaria de todo lo existente.

(4) Gamba, R., *El silencio de Dios*, Edit. Prensa Española, Madrid, 1968, pág. 29.

El intelecto humano nos descubre, así, lo que ya el paganismo atisbó mediante la razón, principalmente los griegos, y los cristianos confirmaron, elevándolo por la fe y la gracia, a saber, la existencia de un Dios creador y providente.

Pero esto que en las edades antigua y media era el pan de cada día, es ignorado y negado positivamente en la época moderna y contemporánea, con el más radical antropocentrismo y ateísmo práctico.

Esta desnaturalización es fruto de las ideologías vigentes actualmente (liberalismo y marxismo), cuyos antecedentes remotos los encontramos, históricamente, en el Renacimiento (sупervaloración del hombre e incipiente soberbia colectiva), afirmándose más tarde con la Reforma protestante (primacía del libre examen que introduce el subjetivismo racionalista), y culminando con la Revolución francesa (entronización de la razón humana y de la hipertrofia de la libertad). Este antropocentrismo desencarnado del orden natural es el que gesta al humanismo y ateísmo actuales. De esta manera presenciamos nuestra edad contemporánea, preñada en el siglo XVIII por el iluminismo masónico, por el liberal-capitalismo laicista en el XIX, y por los socialismos materialistas y ateos del actual siglo XX.

Comprendemos de este modo cómo todo este movimiento histórico-espiritual de conversión a las criaturas y aversión al Creador hunde sus raíces en las profundidades metafísicas y teológicas. De ahí que desde el inicio sea un pecado contra el orden sobrenatural que desordena el mismo orden natural, ya que como advierte Marcel de Villeneuve: «La soberanía del hombre es satánica, en cuanto pretende expulsar a Dios de la sociedad y proclamar contra El los llamados derechos del hombre, exactamente igual que Lucifer pretendía sustituir a Dios en el cielo y proclamar contra El los pretendidos derechos de los ángeles rebeldes» (5).

Como señala Gustave Thibon, «se acerca a grandes pasos la hora en que la idolatría del porvenir que no reconoce otro

(5) De la Bigne, M., *op. cit.*, págs. 121 y 123.

dios que el hombre mismo, le ocultará la eternidad... y ésta será la suprema prueba de fe: ante el silencio de Dios, los creyentes del mañana tendrán quizá que elegir entre la realidad invisible de una eternidad en apariencia, sin porvenir, y el espejismo brillante de un porvenir sin eternidad» (6).

Y quizá parezca radical el planteamiento al afirmar la destrucción del hombre mismo por el alejamiento del orden natural, como consecuencia de su abandono de Dios. Pero es manifiesto que este desorden ha trastrocado a las mismas instituciones encargadas de la custodia y fidelidad del orden inmutable, apareciendo hoy no sólo las sociedades y los estados en vertiginosa decadencia, sino también la misma Iglesia de Cristo, manipulada por el espíritu de las tinieblas. A la herejía protestante en la época moderna, sucede la herejía progresista en nuestra época contemporánea. El error y la infidelidad a la fe se repiten; protestantes y progresistas buscan otra Iglesia. Nuevamente el desorden a nivel sobrenatural y natural, la autonomía de las causas segundas (creaturas) frente a la Causa Primera, que es Dios (Creador). Esta es la metafísica del progresismo, cuya esencia es la secularización.

Por todo esto concluimos, en este segundo punto, que si la realidad nos revela la existencia de seres y un Ser inmutable, a lo cual accedemos por el entendimiento y perfeccionamos por la fe, las ideologías (racionalismo) y la actual herejía progresista (infidelidad a la fe), nos enajenan de lo real. Negado el Ser inmutable y absoluto, la creación ya no tiene principio ni fin, y cualquier azar o evolucionismo se justifica como principio y fundamento del desorden existencial que hoy en día impera. Y negada la unidad de los fines, establecida por el Supremo legislador, se enturbia la diversidad propia de la multiplicidad de naturalezas creadas... y ante la confusión, como fruto la anarquía real... y ante el desorden, como justificación racional: las utopías... y, como consecuencia última, «la promesa de un pa-

(6) Thibon, G., Prólogo a *El silencio de Dios* de R. Gamba, páginas 14 y 15.

raíso que sólo tiene un defecto: ¡es imposible!, y para peor, impide la felicidad posible» (7).

En síntesis, negado el Ser (orden natural y sobrenatural), surge la primacía del devenir... el cambio por el cambio mismo. Asistimos al apogeo de la «Dialéctica» a todos los niveles: religioso, filosófico, político, económico y militar. La praxis ha aniquilado a la contemplación; Marta ha desplazado a María en la ceguera de su activismo, incapaz de silencio ante Dios y ante las cosas... No existe el Ser; en consecuencia, no existe la Unidad, la Verdad ni el Bien.

III. DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA.

En una primera aproximación a la realidad humana descubrimos que *anthropos* en griego significa hombre, y el vocablo expresa «el que mira hacia arriba». Los romanos, más prácticos, llamaron al hombre *homo*, cuyo origen es «humus», es decir «tierra». Y así, según señala Abelardo Pithod, el ser humano es *anthropos* y *homo*. Ser del cielo y de la tierra. El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma espiritual.

Adentrándonos a nivel filosófico, aprehendemos que ante todo es criatura (causa segunda, contingente y dependiente de la Causa Primera que le da su existencia y naturaleza). Ahora bien, aunque es un ser corpóreo, integrante del mundo físico, trasciende este ámbito por su naturaleza específica y se eleva al mundo metafísico de la religión, la moral y la cultura. De ahí, la conocida expresión de Boecio al decir que «persona es la sustancia individual de naturaleza racional», lo cual, aseverado por la Revelación sobrenatural, nos manifiesta al hombre como imagen viva de Dios (naturaleza espiritual, partícipe de inteligencia y voluntad) e hijo suyo (naturaleza sobrenatural, partícipe de la gracia de la Redención).

(7) Pithod, A., *Curso de Doctrina Social*, Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires, 1979, pág. 208.

Este microcosmos, como lo denominaban los griegos, no es un ser clausurado en la inmanencia del mundo físico, ya que, como afirmara Santo Tomás de Aquino, el hombre no está injertado en un mundo al que de por sí sería ajeno; por el contrario, el mundo es su ámbito propio, del que constituye a la vez la síntesis y la culminación. Está sujeto a las leyes físicas, como todo ser corpóreo, por ser él mismo un cuerpo; posee vida, como los vegetales, y está sometido a las exigencias biológicas; tiene sentidos que le permiten conocer y sentir, a la vez que posee instintos, como los animales. Pero trasciende a los demás seres, por su capacidad de comprender (entendimiento) y de amar (voluntad), propio de su interioridad espiritual.

De ahí que todo el orden humano esté impregnado por esta dimensión espiritual, propia de su ser. Por ello, la concepción de la sociedad, de la política y de la economía se apoya en la idea del hombre, es decir, en aquella parte de la filosofía que recibe el nombre de «antropología». Y, a su vez, la idea filosófica del hombre o antropología es subsidiaria de la idea última que nos hagamos de lo real, es decir, del ser. A esto llamamos «metafísica».

Advertimos, pues, que la explicación de la realidad humana por sus causas últimas (metafísicas) nos manifiesta la profundidad y riqueza de la persona como tal.

Observamos, por tanto, que el hombre no tiene valor solamente por sus acciones (comer, reproducirse, sentir, conocer, amar, etc.), ni por sus hábitos (físicos o racionales), ni siquiera por sus capacidades o potencias más espirituales (entendimiento y voluntad), sino por su naturaleza específica que conforma el sustrato último que explica su ser. El valor ontológico de la persona humana radica en existir con una esencia determinada, a saber, como una creatura compuesta de cuerpo material y alma espiritual.

El orden natural nos pone de relieve la estructura íntima del hombre, como un ser cuya unión substancial de cuerpo y alma configura la unidad última en la diversidad de partes constitutivas que posee.

Nuevamente el fin del hombre, creatura cuya dimensión trascendente puja por alcanzar un Bien absoluto que le brinde la felicidad plena y perfecta, nos señala que la unidad en la diversidad, resultante del orden de la naturaleza humana, viene implícita y signada por la ley de la finalidad. Y así como en el universo la existencia de diversas naturalezas con unidad de fines, nos ponía en contacto con la Causa primera, autora de cuanto existía, así también, ahora, la naturaleza humana reclama una Causa que sea su principio y fundamento existencial. Esta Causa eficiente no es otra que Dios y su divina providencia.

De capital importancia es el reconocimiento de esta Causa primera y eficiente, ya que «si Dios no existe, todo está permitido» como advierte Dostoyevski. Y, consecuentemente, carece de fundamento la ley natural y la ley divina; si se niega al Supremo legislador que las promulga eternamente, tornándose subjetivo y arbitrario en el orden humano todo positivismo jurídico que no traspase este ámbito. Por ello, como excelentemente lo justiprecia Rafael Gamba, «Los orígenes de las sociedades y el sentimiento profundo de su tradición no son nunca ajenos a una inspiración religiosa... Sin religión no surge un pueblo, ni una cultura histórica del tribalismo primitivo. De ahí el rostro divino, sacralizado de toda ciudad histórica junto al rostro humano que la hace personal y diferenciada» (8).

Pero, «cuando no se cree en Dios, no es por no creer en nada, es por creer en cualquier cosa...» (9) y, así, el hombre moderno y contemporáneo, al renegar de su Creador, se adhiere a las ideologías como sustitutos idolátricos del porvenir. El nuevo panteón se halla presidido por los dioses vigentes en la sociedad actual: la libertad, la igualdad y la fraternidad por Occidente; el paraíso comunista, el trabajo y el gobierno nomi-

(8) Gamba, R., «La ciudad y la realización», en *Verbo* (Argentina), núm. 114, septiembre de 1971.

(9) Chesterton, G. K., cit. en Mikael (*Revista del Seminario de Paraná*, Argentina), núm. 19, pág. 124.

nal del proletariado por Oriente... y, en ambos, el común denominador materialista, indiferentista y ateo.

Nuevamente las ideologías niegan el orden natural en su totalidad; y en su particular concreción a nivel humano, al despersonalizar al hombre en un naturalismo individualista y colectivista, según la cosmovisión que lo plasme.

La nueva religiosidad carece, por tanto, de faceta trascendente, y todo gira en torno al valor «material», cerrando en un inmanentismo absurdo el sentido último de la existencia humana. El fin es el hombre por el hombre mismo, aunque éste desespere en su finitud e imperfección.

El hombre que amputa su tendencia y posibilidad de perfección frutiva, a la vez que paradójicamente necesita más su realización plena. Busca la felicidad sin límites, al tiempo que niega la fuente de la cual dimana. Tiene sed de eternidad y absoluto, mientras se revuelca en lo efímero y perecedero.

Al mismo tiempo, este antropocentrismo no deja de infectar al mismo orden que compete al ámbito eclesial. Ya antes hicimos mención del influjo deficiente del progresismo religioso en su proceso desacralizador, a través del vaciamiento del orden teológico y cardinal, como asimismo en su temporalismo radical al encauzar la salvación principalmente en lo histórico-social.

La nueva antropología cristiana propugna un plan salvífico a través de las estructuras político-sociales, que actúan como sacramentos infusores de la nueva gracia. La militancia cristiana sólo se justiprecia en el compromiso con los hermanos (sean judíos, masones o mahometanos) para construir un mundo nuevo, donde la coexistencia pacífica (no en el orden, sino en la tolerancia del desorden) sea el valor absoluto de caridad. Los enemigos del alma ya no existen; Satanás es un símbolo lingüístico y el infierno una metáfora bíblica; el mundo es un aliado ocasional, cuando no un amigo acomodaticio; y la carne una pobre víctima que clama por sus derechos, denegados por una religión con tabúes ancestrales.

El progresismo nos oferta, pues, una religiosidad horizon-

talista, donde sólo existe Dios si está primero el prójimo; la verdad, si previa a ella hay sinceridad (aun de error); el bien, si hay fraternidad tolerante y vivencia permisiva entre los hermanos.

En síntesis, que la posibilidad de acceso al orden sobrenatural se halla truncada en esta Iglesia de los nuevos tiempos que trata de salvarse en el mundo, y no, de salvar al mundo.

Sólo en la auténtica Tradición de la Iglesia, Madre y Maestra del militante católico, puede hallarse el alimento espiritual, capaz de calmar la sed de Dios, que el alma humana posee.

Concluimos en este punto lo que ya advirtiéramos al principio: negado el ser de la naturaleza humana, prima su realización (devenir) a tientas. Omitido su natural orden, con su finalidad implícita, queda sólo la anarquía de sus potencias que se hipertrofian una tras otra en una carrera sin sentido. Y como fruto de la confusión e incertidumbre, la angustia actual, la infelicidad y el nihilismo. Vivir por vivir, sin preguntarse por qué, ni para qué, sólo vivir... aunque sea morir a la eternidad.

IV. DIMENSIÓN ÉTICA.

«¡Alma, da cuanto poseas,
hasta las últimas sobras!
Tú, voluntad, date en obras;
tú, inteligencia, en ideas.

.....
Y, al fin, rendido, quisiera
poder decir cuando muera:
¡Señor, yo no traigo nada
de cuanto tu amor me diera!...
¡Todo lo dejé en la arada
en tiempo de sementera!...» (10).

(10) Pemán, J. M., cit. en *A la conquista de tu personalidad*, de Goossens, A. (S. J.), Ed. Atenas, Madrid, 1954, pág. 260.

Es la ética la ciencia que nos señala el fin último del hombre y los medios conducentes al logro del mismo. Por ello deben buscarse sus raíces teológicas, metafísicas y antropológicas en un realismo acorde al ser que manifiestan.

De ahí que la primera actitud es la contemplación de la realidad y, en ella, la mirada dirigida a la misma persona humana. La existencia del alma espiritual que informa la corporeidad, nos evidencia una unión de naturalezas incompletas, que juntas tienden a idéntico fin. La perfección de la creatura humana en la sumisión a Aquel que es perfecto y eterno, el Bien objetivo y último, que satisface y da plenitud, aun subjetiva (felicidad) al hombre en cuanto tal.

Ahora bien, este fin, por ser extrínseco, debe ser alcanzado para poder ser poseído; de ahí la tensión dinámica de la libertad humana en vías de salvación. Implicando el movimiento que las capacidades o potencias se actualicen, por lo cual es necesario en su ejecución la presencia no sólo de actos, sino principalmente de hábitos perfectivos que configuren una segunda naturaleza, restauradora de la primera en su imperfección.

Así, a la naturaleza caída por el pecado original y restaurada por la gracia de la Redención, se le otorgará su acabada configuración al regenerarla por el ejercicio de las virtudes, que serán los medios óptimos para conducirla a su Principio y Fundamento últimos. Al decir de Romano Guardini, la auténtica misión humana consistirá en la fidelidad a ser lo que realmente se «debe ser», es decir, persona humana en plenitud.

Por esto, que no implica la contemplación una pasividad estéril, sino la primera fuente de donde brotará toda auténtica actividad. Y ésta será, entonces, realización perfeccionante, ya que llevará a su término la riqueza latente de las capacidades propias del hombre.

Sólo la presencia de este organismo natural y sobrenatural, propio de las virtudes, hará capaces de heroicidad y santidad a cada uno de nosotros, ya que de ese orden interior brotará el señorío de sí mismo y la autoridad moral, necesarios para alcanzar el fin de nuestra existencia.

V. CONCLUSIÓN.

La ética cristiana se funda en el orden natural; éste, a su vez, encuentra su fundamento en el orden divino, cuyo autor es Dios. El ser humano no es libre respecto de ese orden, está moralmente obligado a seguirlo, ya que puede conocerlo con su entendimiento y debe querer su sujeción y restauración a través de su recta voluntad.

Se debe, por tanto, custodiar ese orden y combatir contra aquellas ideologías y herejías que lo destruyen, ya que «el liberalismo, el socialismo y el comunismo son imposturas creadas sobre una falsa concepción antropológica, y en virtud de ello de tanto en tanto deben volver temporariamente al orden natural para poder seguir subsistiendo, porque las sociedades, como los hombres, o expulsan de su seno a los cuerpos extraños o mueren» (11).

De ahí que, particularizado en el momento presente, y en esta España de hoy, sea menester para todo ello que así como un día se emprendió la conquista de América, con la Cruz y con la espada, como signo de riqueza en el orden sobrenatural y natural, sea, en esta hora de la Providencia, necesaria la reconquista de la identidad misma de España, en su fe y tradición históricas... y quiera Nuestro Señor que también sea bajo la espada y la Cruz. Y así podamos repetir con Menéndez y Pelayo: «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra» (12).

(11) Solzhenitsyn, A., «Alerta a Occidente», cit. en *Mikael*, núm. 19.

(12) Menéndez y Pelayo, M., Epílogo de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

BIBLIOGRAFÍA.

- ALFÉREZ, G., *El orden político al alcance de todos. I. Fundamentos*, Ed. Speiro, Madrid, 1979.
- DE LA BIGNE, M., *Satanás en la Ciudad*, Edit. Católica Española, Sevilla, 1952.
- GAMBRA, R., *El silencio de Dios*, Edit. Prensa Española, Madrid, 1968.
- GOOSSENS, A. (S. J.), *A la conquista de tu personalidad*, Edit. Atenas, 1954.
- «MIKAEL», Revista del Seminario de Paraná (Argentina), núm. 19, primer cuatrimestre de 1979.
- PÉREZ ARGOS, B. (S. J.), *Política básica*, Edit. Fe Católica, Madrid, 1979.
- PITHOD, A., *Curso de doctrina social*, Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires (Argentina), 1979.
- PONFERRADA, G., «Introducción al tomismo», en *Eudeba*, Buenos Aires (Argentina), 1978.
- SACHERI, C. A., «El Orden Natural», en *Eudeba*, Buenos Aires (Argentina), 1979.